



Cómo defender la biodiversidad

Si deseamos proteger las especies en vías de extinción, los ecólogos debemos hacer valer nuestra voz en los círculos políticos

¿Cómo podemos los científicos proteger la biodiversidad? A raíz del gran censo de elefantes del pasado agosto, que reveló su descenso en picado en toda África, se sucedieron los habituales llamamientos de los investigadores reclamando más y mejores datos. Solo si sabemos dónde y cuántos individuos de una especie hay, reza el argumento, tendremos alguna posibilidad de conservarla. Una idea equivocada, a mi entender.

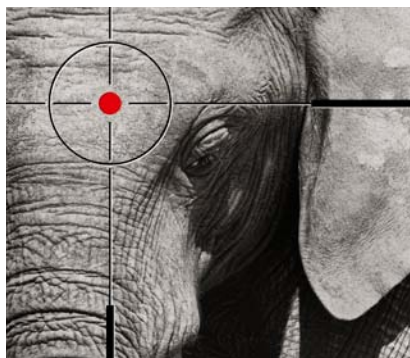
No por ser mejores los datos salvarán a los elefantes ni a ninguna otra especie. Desde hace décadas, numerosas personas, instituciones académicas, Gobiernos y organizaciones diversas recaban y organizan datos mientras nuestro legado biológico va menguando.

Nadie duda de que los datos sean importantes. Permiten plantear prioridades y reclamar la atención en torno a las especies en peligro. Pero raramente impulsan la toma de decisiones en el ámbito de la conservación. En la inmensa mayoría de los casos, se destinan a sustentar decisiones tomadas por otros motivos. Las que adoptó la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestre (CITES) el pasado octubre para endurecer el comercio de tiburones, loros y pangolines así lo demuestran. La fascinación, el carisma y el aspecto enternecedor cautivaron a los delegados, y la presión periodística y política y las campañas en los medios sociales condicionaron las decisiones.

La reunión científica mundial que celebró poco después la Red de Investigación Ecológica Internacional a Largo Plazo (ILTER, por sus siglas en inglés) en el Parque Nacional Kruger, en Sudáfrica, puso de manifiesto el problema. Con su dilatado y envidiable historial de integración de la dinámica social en el estudio de los sistemas ecológicos y en la implicación de los órganos políticos en la concepción de programas de conservación, IILTER se reunió bajo las largas sombras proyectadas por los elefantes mutilados,

los rinocerontes descornados, los gorilas en declive y muchos otros endemismos amenazados en un continente con numerosos países asediados por el terrorismo, inmersos en conflictos civiles o gobernados por cleptócratas.

¿De veras necesitamos más jornadas sobre el ciclo del nitrógeno o los determinantes de la biodiversidad a distintas escalas? Sí, si el objetivo es meramente seguir publicando más artículos que solo leerán nuestros amigos y colegas. Pero no nos engañemos: nada de ello servirá para que los gestores reúnan la determinación para poner freno a la caza furtiva del



elefante en África, a la tala y quema de las selvas en Indonesia, a la fracturación hidráulica o la contaminación de los recursos hídricos en Norteamérica. Si la biodiversidad es realmente importante para el planeta y primordial para el bienestar de la humanidad, sugiero tres actuaciones cruciales que, como científicos, deberíamos asumir desde este preciso momento.

La primera, dejar de calificar todo aquello que no sea humano como «recurso natural». El lenguaje es importante, y este sugiere que la existencia de las demás especies depende de los beneficios que nos aportan. Los naturalistas y los sistemáticos afirman desde hace mucho que necesitamos poner nombres a las caras antes de preocuparnos por las especies. Pero, pese a haber descrito y nombrado ya millones de ellas, el declive vertiginoso de la biodi-

versidad mundial demuestra sin paliativos que no basta con nombrar.

Segundo, reconocer que mejores datos pocas veces conducen a mejores decisiones. Ningún volumen de datos podrá imponerse sobre las viscerales respuestas negativas ante los murciélagos, las arañas o las serpientes, o las positivas hacia los pandas, los pangolines o las crías de foca. Las decisiones acerca de qué especies salvar —y cuáles abandonar a su suerte en el triaje— están basadas en la pura emoción, en las opiniones de las partes interesadas y en una mirada de cálculos políticos. El consenso resulta cada vez más difícil de alcanzar y las decisiones que emanan del CITES aún no proporcionan una protección férrea.

Tercero, es preciso que más científicos se impliquen activamente en el proceso político. Llamar por teléfono, enviar correos electrónicos y escribir cartas a los dirigentes es un primer paso; pequeño, pero necesario. Hacer acto de presencia en las inacabables reuniones políticas supondría un paso más; arduo pero necesario. Porque si no estamos presentes en la sala, nuestras voces no se oirán. La colaboración voluntaria en grupos locales, regionales, nacionales o internacionales implicados en la gestión de la conservación supone otro compromiso aún mayor. Y optar a los cargos electos sería la consecuencia lógica. Si no ahora, ¿cuándo?

Los especialistas en la destrucción de la capa de ozono y en el cambio climático han demostrado que la participación directa en la toma de decisiones otorga a los científicos un asiento en la mesa global y una voz que promueve el cambio de actitud en la clase política. Los estudiosos de la biodiversidad que deseen ver a los demás seres vivos perdurar y prosperar deberían seguir su ejemplo. ■

Artículo original publicado en *Nature* vol. 538, pág. 141, 2016. Traducido con el permiso de Macmillan Publishers Ltd. © 2017

Con la colaboración de **nature**